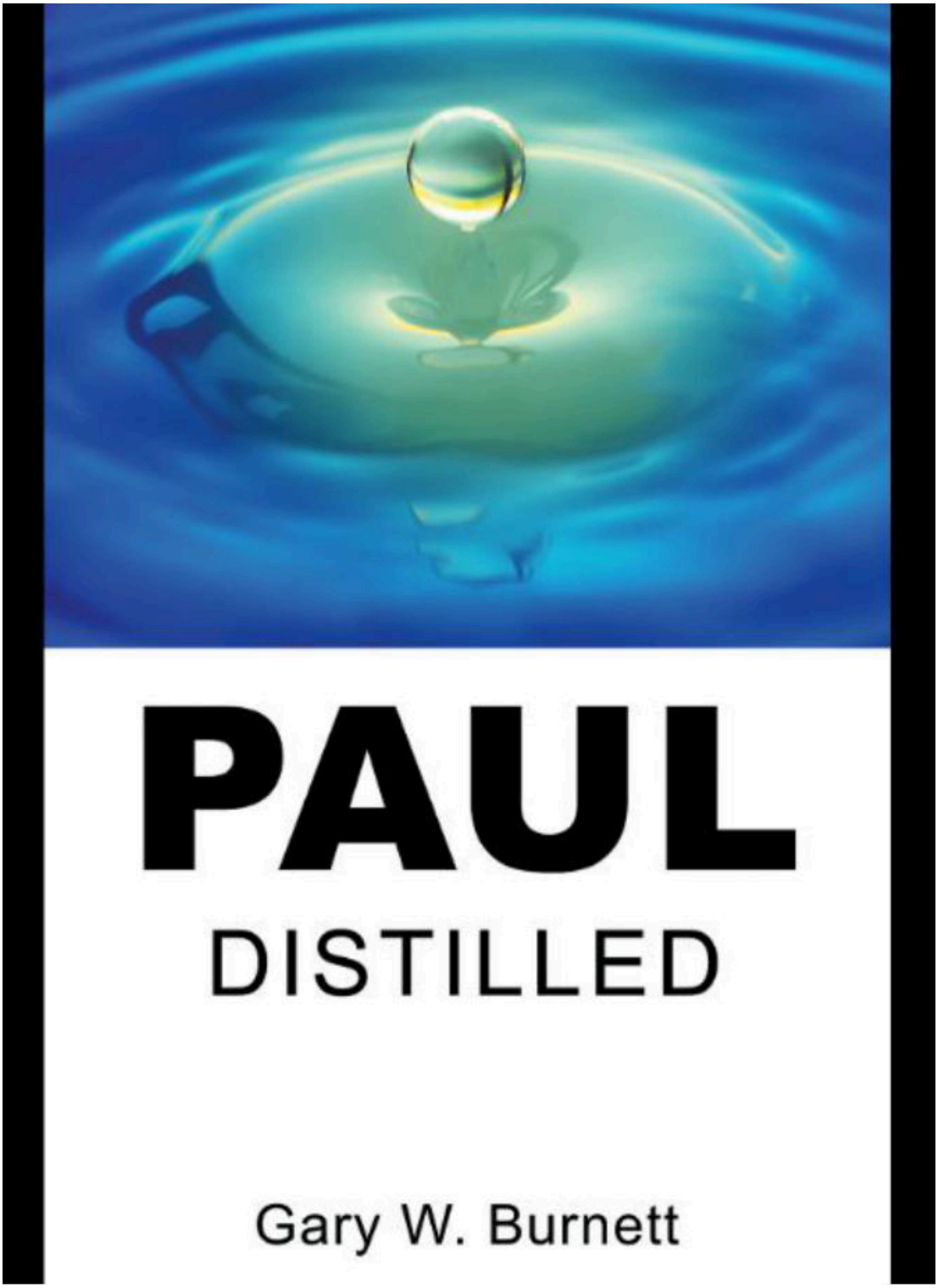
Paul Distilled by Gary W. Burnett

Gary W. Burnett · traducción al alemán de Hans-Jörg Ronsdorf · abril de 2022 · revisada en octubre de 2026

Pablo destilado (Su ministerio y su mensaje en resumen)

Burnett fue profesor de teología en Belfast.



Aquí presenta su libro:

Paul Distilled by Gary W Burnett - YouTube

Aquí hay, para cada capítulo, un resumen breve y recomendable: Fitzroy Sunday Nights - YouTube

Introducción

Capítulo 1: El amor de Dios que cambia el mundo

Capítulo 2: El amor es un verbo

Capítulo 3: El evangelio

Capítulo 4: El Dios crucificado

Capítulo 5: La resurrección ha comenzado

Capítulo 6: El Espíritu que da vida

Capítulo 7: Jesús, el único verdadero Señor del mundo

Capítulo 8: Ser la justicia de Dios en el mundo

Capítulo 9: Pacifismo radical

Capítulo 10: Acordaos de los pobres

Capítulo 11: El antídoto contra el miedo

Capítulo 12: Pablo y las mujeres como líderes

Capítulo 13: Cambiar juntos el mundo

Capítulo 14: Traer todo de nuevo a casa

Pablo y las mujeres como líderes

Las mujeres en el siglo I

Para Pablo era de la mayor importancia que la buena noticia de Jesús, el Mesías, valiera para todas las personas. El regalo de la vida de Dios, la nueva creación, no hacía distinciones y rompía todas las barreras humanas. El mundo de Pablo era muy jerárquico, y cuando fundaba comunidades de seguidores de Jesús, tenía que asegurarse de que comprendieran todo el alcance del evangelio. Les decía que todas las personas son iguales en Cristo. Por eso estas comunidades ya no podían tolerar distinciones basadas en la pertenencia étnica —si alguien era judío o gentil—, en la posición social y económica —si alguien era esclavo o libre— o en el sexo —si uno era hombre o mujer—. En el mundo de Pablo, tanto en su patria, el judaísmo, como en general en la cultura helenística del siglo I, las mujeres eran ciudadanas de segunda clase. La misoginia estaba muy extendida. Dramaturgos y filósofos denigraban abiertamente a las mujeres: Eurípides las llamaba «esa criatura de perdición», mientras que Aristóteles consideraba a la mujer «un hombre deformado». Había, es cierto, algunas excepciones, pero en general las mujeres eran tratadas como propiedad de su marido, no recibían educación formal y, en conjunto, no eran tratadas como personas de pleno valor.

En la tradición judía, la mujer era en general poco estimada. El historiador judío Josefo, del siglo I, decía que la mujer era «inferior al hombre en todas las cosas», y el filósofo judío Filón opinaba que las mujeres eran «por naturaleza imperfectas y corrompidas», irracionales y «no iguales al hombre en honra». Sirácida, del siglo II, decía que «las mujeres causan vergüenza», y en el Testamento de Rubén se dice abiertamente que «las mujeres son malas». En las sinagogas judías de esta época, las mujeres solo debían escuchar y no podían hablar; no eran consideradas participantes de pleno derecho en la asamblea. Era un mundo de hombres.

Pablo y las mujeres

Hoy se tiene a menudo la impresión de que Pablo, en lo que se refiere a las mujeres, no se diferenciaba tanto de la cultura en la que vivía. Algunos opinan que la visión de Pablo sobre las mujeres está sencillamente anticuada por completo y ya no es relevante para el mundo moderno, en el que todos sabemos que hombres y mujeres tienen los mismos derechos. Tenemos que olvidarnos de Pablo. Es sencillamente sexista, quizá incluso misógino. Para otros, Pablo se aduce como prueba de que solo los hombres deberían ser maestros y líderes en la iglesia. Denominaciones enteras excluyen todavía hoy a las mujeres del liderazgo. Para algunos, hombres y mujeres solo se complementan y no son de igual valor, y los hombres son quienes deberían tener autoridad en el matrimonio y en la iglesia. Pero ambas concepciones de Pablo interpretan mal lo que leemos en sus cartas y malentienden el mundo del siglo I. Una lectura cuidadosa de las cartas paulinas nos lleva, en efecto, a una conclusión muy distinta. Para Pablo, mujeres y hombres dependen unos de otros (1 Corintios 11:11), deben someterse unos a otros (Efesios 5:21) y tienen los mismos derechos en lo que respecta a las relaciones sexuales dentro del matrimonio (1 Corintios 7:3). Para Pablo, todos los dones del Espíritu estaban a disposición de todos, independientemente del sexo, y todos debían procurar los dones espirituales, en especial la profecía, tanto las mujeres como los hombres. Todos los seguidores de Jesús, mujeres y hombres, estaban por igual «en Cristo» y eran transformados a la imagen de Cristo (2 Corintios 3:18).

Además, está claro que Pablo aceptaba a mujeres como líderes en el ministerio. Para él, las mujeres, al igual que los hombres, eran colaboradoras de confianza y tenían los mismos derechos. Llama a mujeres «colaboradoras», «que combatieron a su lado en el evangelio» y «verdaderas compañeras». Cuando vemos que Pablo usa estas designaciones para mujeres, igual que «diaconisa», «dirigente», «colaboradora en Cristo Jesús» y, como veremos enseguida, «apóstol», surge una imagen de Pablo que contrasta radicalmente con el mundo en el que vivía y también con la manera en que a menudo se le presenta hoy. Las personas que quieren restringir el papel de la mujer en la iglesia remiten habitualmente a dos versículos de 1 Corintios y de 1 Timoteo. Es importante tomar nota de estos versículos, pero en realidad no son el punto de partida adecuado cuando reflexionamos sobre Pablo.

El Antiguo Testamento y Jesús

Es importante recordar que Pablo era judío y conocía bien sus Escrituras judías, en las que encontramos maravillosas mujeres líderes como María (Miriam), la líder profética y directora musical de Israel; Débora, otra profetisa, que dirigió su país con gran éxito en tiempos de los jueces; y Hulda, a la que el rey Josías prefirió antes que a todos los profetas varones. Ninguna de ellas, ni tampoco ninguna de las reinas coronadas de Israel, fue criticada jamás por su papel de liderazgo por ser mujer. Luego tenemos a la evangelista de Isaías 40:9, que proclama la buena noticia de la venida del reino de Yahvé. El hebreo identifica aquí claramente a la predicadora como mujer, algo que se pierde en la mayoría de nuestras traducciones alemanas. En Salmo 68:11 aparecen en primer plano otras predicadoras: «El Señor anun-

cia la palabra, y las mujeres que la proclaman son una gran multitud». Y, naturalmente, no debemos olvidar la predicción del profeta Joel de que Dios derramaría el Espíritu, de modo que «vuestras hijas y vuestros hijos profetizarán», como es sabido, retomada por Pedro en su sermón de Pentecostés cuando explicó a la multitud lo que estaba ocurriendo. Y no debemos olvidar cómo los Salmos, Isaías, Oseas y el Deuteronomio describen a Dios como madre. A pesar de la valoración negativa de las mujeres por parte de sus contemporáneos, Pablo conocía su Biblia y era plenamente consciente de la fuerte tradición de mujeres líderes, profetisas y predicadoras que era su herencia.

Y fue enseñado por Gamaliel, muy venerado por su propia generación y por las siguientes. Por lo que sabemos, Gamaliel era distinto de otros rabinos del judaísmo fariseo, que tenían una opinión muy baja de las mujeres. En sus sentencias, transmitidas en la Misná, Gamaliel afirma a las mujeres, las trata en pie de igualdad con los hombres, promueve su bienestar y nunca habla despectivamente de ellas, muy al contrario que otros maestros rabínicos que, como hemos visto, eran francamente misóginos. Pablo tenía también ante sus ojos el ejemplo de Jesús, quien, a diferencia de otros maestros de su tiempo, permitía a las mujeres sentarse a sus pies y aprender. Jesús acogía a seguidoras, y los encuentros con mujeres como la samaritana junto al pozo, en los que rompió varias convenciones sociales, dan testimonio de su aceptación positiva de las mujeres. Hubo innumerables mujeres tocadas por sus manos sanadoras, entre ellas también muchas que habían sido consideradas ritualmente impuras. Además, Jesús, después de su resurrección, se apareció primero a María Magdalena, mostrando así que respetaba el testimonio de una mujer, en contra de la cultura generalmente predominante entonces. Y los autores de los evangelios estuvieron dispuestos a nombrar a mujeres como las primeras testigos de la resurrección, aunque la palabra de una mujer en general no era admisible ante un tribunal.

Sin duda, todo esto contribuyó a la manera en que Pablo pensaba sobre las mujeres. Lo que leemos de Pablo en los Hechos de los Apóstoles y en sus cartas revela a un Pablo contracultural y radical en su afirmación de las mujeres. Para Pablo, hombres y mujeres estaban redimidos por igual en Cristo, eran uno en el cuerpo de Cristo, eran por igual sacerdotes en el reino de Dios, el Espíritu había sido derramado por igual sobre ellos, y ambos debían servirse mutuamente y servir al mundo con humildad y amor. Los rasgos fundamentales de su teología dicen mucho sobre la igualdad de mujeres y hombres en la iglesia. Y piense usted en 1 Tesalonicenses 2:7, donde Pablo se presenta como una madre que amamanta. ¡No es lo que uno esperaría si Pablo fuera el típico machista que protege su frágil ego masculino!

Empecemos por Romanos 16

Para averiguar lo que Pablo pensaba sobre las mujeres en funciones de liderazgo, tenemos que empezar en su gran carta a los Romanos. Y tenemos que abrir el capítulo 16. Creo que la mayoría de nosotros hemos leído este capítulo por encima: parece ser solo un montón de nombres, de personas a las que Pablo saluda. Pero en realidad es un capítulo muy interesante. Pablo nunca había estado en Roma. En esta carta, en la que quiere ganar el apoyo de los romanos para su misión planeada en España, saluda cuidadosamente a los líderes de las iglesias en casas de Roma. La iglesia de Roma no era una gran congregación, sino una serie de pequeños grupos que se reunían en las casas de la gente, a menudo en estrechas viviendas de alquiler. A partir de los nombres del capítulo 16 podemos deducir mucho: algunos son nombres de esclavos, algunos son nombres judíos y algunos son nombres gentiles. Y algunos de ellos son nombres de mujeres. Personas como Prisca, Trifena, Trifosa, María, Pérsida y Julia. Todas ellas líderes o colíderes de pequeñas comunidades de creyentes en Roma. De hecho, más de dos ter-

cios de los colaboradores a los que Pablo elogia aquí por su labor cristiana son mujeres. Pero hay tres mujeres que destacan especialmente.

Febe

En primer lugar, Febe, de quien Pablo dice que es una servidora o diaconisa de la iglesia en Cencrea. Algunas traducciones se han decidido por «diaconisa», pero en griego no existe tal palabra. Si miramos la manera en que Pablo usa esta palabra en otros lugares, no puede caber realmente ninguna duda de que Febe es una líder de la iglesia en Corinto, donde estaba Pablo cuando escribió la carta. Si examinamos con atención el lenguaje y las palabras que Pablo usa en los versículos 1 y 2, entonces Febe, según todo lo que sabemos de las cartas de esta época, es una persona de cierto prestigio, y es una líder en la iglesia de Corinto a quien se ha encomendado llevar la importantísima carta de Pablo a Roma.

En aquella época era costumbre que la persona que entregaba la carta la leyera en voz alta y la explicara a los destinatarios. ¿No es interesante? La carta de Pablo a los Romanos era enormemente importante para él: no había estado allí, pero quería ganar el apoyo de estos cristianos para llevar la buena noticia al oeste del Imperio, y por eso es muy cuidadoso al explicar su comprensión del evangelio. ¿A quién confía su carta? A Febe, esta mujer dirigente, que la lleva a Roma. Y se pone aún más interesante, porque es probable que Febe, cuando llegó a Roma, siguiendo la práctica habitual, recorriera las distintas iglesias en casas leyendo la carta en voz alta (téngase en cuenta que la gente, debido a las dificultades de lectura y escritura, más bien oía la carta que la leía) y luego se sentara con los grupos para asegurarse de que entendían lo que Pablo quería decir.

Podríamos imaginar que Pablo se sentó con Febe en Corinto, repasó con ella la carta y le dijo cómo quería que se leyera, qué quería subrayar y qué partes probablemente tendría que explicar. Febe —una líder de iglesia a quien el apóstol encomendó explicar y enseñar su carta a los Romanos— no encaja, pues, en absoluto con lo que hemos oído de Pablo acerca de mujeres líderes y maestras.

Prisca

Prisca, o Priscila, como la llama Lucas en los Hechos, era alguien con quien Pablo trabajó en el evangelio junto con su marido Aquila. De las 6 menciones, Prisca aparece cuatro veces antes que su marido, lo cual era inusual en la cultura griega y hebrea y apuntaba al papel importante, quizá incluso más importante, que ella desempeñaba en el ministerio de la pareja. Ambos —incluida, naturalmente, Prisca— son destacados por Lucas como maestros de Apolos, que llegó a ser una figura importante entre los primeros seguidores de Jesús. Así pues, ya sabemos por los Hechos que Prisca era una líder de iglesia y una maestra que enseñaba a hombres. En la época en que Pablo escribió la carta a los Romanos, ambos se habían establecido en Roma y dirigían una iglesia en su casa. Pablo los saluda cordialmente, nombrando de nuevo a Prisca en primer lugar.

Junia

Pero luego está también Junia, que aparece en el versículo 7. «Saludad a Andrónico y a Junia, mis parientes, que estuvieron conmigo en la cárcel; son estimados entre los apóstoles, y estaban en Cristo antes que yo.» La antigua New International Version y algunas traducciones dan aquí el nombre como Junias, lo que sugiere que se trata de un hombre, pero el nombre es Junia, un nombre femenino latino que se daba a esclavas o a mujeres libertas. En la literatura de la época hay muchos ejemplos de este nombre de mujer, pero ni uno solo del nombre de un hombre, Junias. Afortunadamente ya no hay

disputa sobre el significado del nombre, y en la nueva New International Version dice ahora Junia. Junia era una mujer, probablemente la esposa de Andrónico. La razón por la que en el pasado se intentó convertir a Junia en un hombre son las palabras siguientes, en las que Pablo dice que esta pareja «era estimada entre los apóstoles». En una iglesia dominada por hombres, la idea de que una mujer pudiera ser apóstol no encajaba. Asombrosamente, si se mira la historia, eruditos varones modificaron literalmente el griego para convertir un nombre claramente femenino en un nombre masculino, a saber, Junias. Vale la pena conocer un poco de esta historia.

Los estudiosos de la Biblia utilizan un texto compuesto del Nuevo Testamento griego, una versión que, tras el examen de miles de manuscritos antiguos, reproduce con la mayor probabilidad el escrito original. En los textos compuestos del Nuevo Testamento griego, desde la Reforma hasta la edición de Nestle del Nuevo Testamento griego en 1927, la Junia de Romanos 16 era una mujer. Pero entonces Nestle decidió que el nombre tenía que ser masculino, y así apareció de repente «Junias», y Junia se convirtió en una nota a pie de página. Cincuenta años más tarde, el texto griego compilado por los eruditos eliminó incluso la nota a pie de página. Solo en los años noventa se hizo la corrección y se dejó claro lo que todos los primeros manuscritos griegos y los primeros eruditos sabían: Junia era una mujer.

Pero, aunque hoy todos están de acuerdo en esto, hubo algunos a quienes les resultaba tan incómodo lo que Pablo dice realmente en este versículo —que Junia, una mujer, era apóstol— que intentaron cambiar «destacados entre los apóstoles» por «bien conocidos por los apóstoles». Es el caso, por ejemplo, de la English Standard Version.

¡Pero para todos los primeros padres de la Iglesia, que hablaban griego y sabían muy bien cómo traducir una palabra, «estimados entre los apóstoles» era el significado de la frase!

Esto es lo que Crisóstomo tenía que decir en el siglo IV:

> *Ya ser apóstol es algo grandioso, pero además destacar entre ellos: consideren qué maravilloso elogio es este. ¡Honra a quien honra merece! Cuán grande era la sabiduría de esta mujer, que se la consideró incluso digna de llevar el título de apóstol.*

Junia era una mujer, y era apóstol, una líder estimada en la iglesia en tiempos de Pablo.

Si esto es así, junto con Febe, Prisca y las demás mujeres líderes de iglesia de Romanos 16, la conclusión es inevitable: las mujeres desempeñaban en los primeros grupos cristianos un papel pleno en el liderazgo y la enseñanza, igual que los hombres. **Puesto que esto es así, todos los demás textos que a primera vista nos parecen estar en contradicción con Romanos 16 deben considerarse a la luz de este texto.** Este es, junto con el testimonio de los Hechos de los Apóstoles, el lugar adecuado por el que empezar.

Otros textos

Los dos textos ya mencionados de la primera carta a los Corintios y de la primera carta a Timoteo parecen entonces valores atípicos, y hay mucho que podría decirse sobre el trasfondo de estos versículos que nos disuadiría de declarar de validez general lo que Pablo dice aquí. **Sería inusual que cristianos que creen en la Biblia se formaran una opinión teológica solo a partir de dos versículos, sin tener en cuenta el fuerte testimonio del resto del Nuevo Testamento. Pero, por desgracia, eso es precisamente lo que ha sucedido.**

Si desea profundizar en ello, encontrará el estudio más detallado de estos dos textos en el libro de Philip Payne *Man and Woman, One in Christ*. En pocas palabras, Payne, en su cuidadoso examen del texto, llega a la conclusión de que 1 Timoteo 2:8-15 debe leerse a la luz de la intención de Pablo de contrarrestar la falsa enseñanza que había influido fuertemente en algunas de las mujeres de Éfeso, cuyas actividades para difundir esa enseñanza tenían que ser frenadas. Nada en el pasaje respalda «una prohibición general de que las mujeres enseñen o ejerzan autoridad sobre los hombres», ni respalda la opinión de que «las mujeres son por naturaleza inadecuadas para enseñar o ejercer autoridad sobre los hombres en asuntos espirituales o de otro tipo». Tampoco, dice él, «generaliza Pablo esta prohibición particular a todas las iglesias y a todos los tiempos».

Su estudio de 1 Corintios 14:34-35 es aún más cuidadoso, y junto con otros eruditos conservadores llega, sobre la base de pruebas en manuscritos griegos antiguos, a la conclusión de que estos versículos son probablemente una inserción de otros copistas y probablemente no formaban parte de la carta original de Pablo.

Hay, por tanto, muy buenas razones para no considerar estos dos textos como normativos ni, en modo alguno, como representativos de lo que Pablo pensaba sobre las mujeres como maestras y líderes en la iglesia.

Mujeres en el liderazgo

Hay otros pasajes en las cartas de Pablo que deben examinarse si queremos formarnos una imagen más completa de lo que Pablo pensaba sobre las mujeres en la iglesia y en las relaciones familiares. A nosotros solo nos interesaba corregir la visión dominada por los hombres que prevalece en la iglesia, que ha distorsionado lo que Pablo tiene que decir sobre las mujeres en el ministerio, en la enseñanza y en el liderazgo. Es imprescindible tener en cuenta el pasaje de Romanos 16 cuando se lee todo lo que Pablo tiene que decir sobre este tema. También es importante tener en cuenta 1 Corintios 11, donde Pablo da por supuesto que las mujeres pueden profetizar públicamente en la iglesia.

Poco a poco parece que a Pablo se le ha dado injustamente mala fama. Parece que a lo largo de los siglos las mujeres han sido gravemente perjudicadas y que la iglesia cristiana se ha perdido mucho al no permitir a las mujeres seguir un llamamiento al ministerio cristiano.

Es una mancha en la historia de la iglesia. Hace tiempo que es necesario que toda iglesia cristiana, denominación y grupo se asegure de que las mujeres tengan la posibilidad de desempeñar plenamente su papel como servidoras de la gracia de Dios, de la Palabra y del cuidado pastoral.

Tenemos que tomar en serio las palabras de Pablo: para él no había esclavo ni libre, ni judío ni griego, ni varón ni mujer; todos somos uno en Cristo. La distinción entre hombre y mujer, así como las otras dos divisiones que Pablo menciona aquí, quedan abolidas en el cuerpo de Cristo.

Esto no es solo un comentario sobre el hecho de que la posición espiritual de mujeres y hombres ante Dios es la misma: el «porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» de Pablo en Gálatas 3:28 tiene consecuencias para la realidad social de la comunidad cristiana. En un versículo paralelo, Colosenses 3:11, queda claro por los versículos anteriores y posteriores que Pablo ve la superación de este tipo de divisiones como algo con efectos prácticos en la vida comunitaria de la iglesia.

Y eso nos lleva de vuelta a los grandes temas del evangelio sobre los que hemos reflexionado. En Jesús, Dios ha venido a salvar y renovar su mundo, y a hacernos personas completas. Eso significa que no hay entre nosotros diferencias sociales, de clase ni de casta. Tampoco puede haber separaciones étnicas o

raciales, porque cada uno de nosotros, redimido por Cristo, es libre de amar y servir a Dios tal como él nos ha llamado. Y exactamente lo mismo vale para mujeres y hombres.

Pablo se opondría decididamente a cualquier planteamiento que rebaje a las mujeres, las discrimine y diga que no se puede hacer esto o aquello en la iglesia. Eso forma tanto parte del viejo orden. Hay una nueva creación.

Servimos juntos y con humildad al Señor Cristo, mujer y hombre, cuando Dios nos da gracia y fuerza.

Reflexión

¿Qué experiencias ha tenido usted con la manera en que se ha tratado a las mujeres en las iglesias con las que ha tenido contacto? ¿Le sorprende la historia de Junia de Romanos 16? ¿Qué consecuencias tiene que Pablo cuente a Junia entre los apóstoles? **¿Cree usted que lo que dicen los Hechos y Romanos 16 sobre las mujeres en cargos de liderazgo debería tener más peso que los textos de 1 Corintios 14 y 1 Timoteo 2?**

¿Cómo pueden las iglesias restablecer el equilibrio entre mujeres y hombres en el liderazgo?

Burnett, Gary W.. Paul Distilled, Wipf & Stock. Versión Kindle.

Traducción al alemán de Hans-Jörg Ronsdorf, con amable permiso, utilizando www.deepl.com

22 de abril de 2022